

MARIA AURELIA CAPMANY

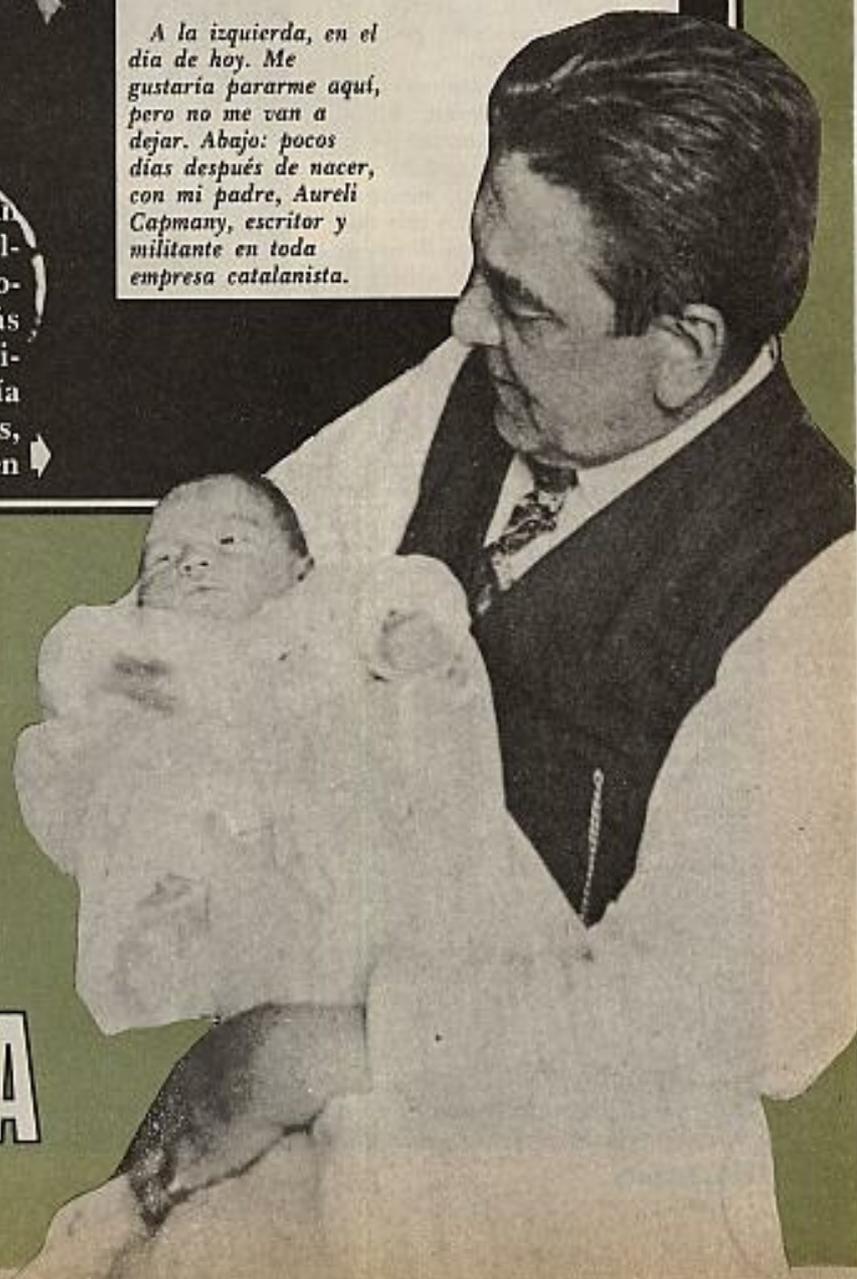
Lugar de nacimiento: Barcelona.
Fecha: 3 de agosto de 1918.
Apellidos: Capmany, Farnés, Farrés, Pagès, Vinyoles, Badó, Comelles, Juvé.
Nombre de pila: María, Aurèlia, Rosa y Mercè. (Observese el *Aurèlia*, nombre exótico en la onomástica catalana. Siguen aclaraciones.)
Estudios: Primera, segunda y tercera enseñanza.
Centros docentes en los que hice mi aprendizaje: Escuela Montessori. Instituto Femenil. Instituto Escuela. Escuela Massana (Artes i Oficis). Escuela de taquigrafía. Dirigido por María Ferrés (mi madre). Universidad Autónoma. Universidad Ocupada.
Oficios varios y empleos: Grabadora de vidrio. Profesora de Filosofía. Directora del Colegio Femenino Albéniz de Badalona. Articulista *free lance*. Actriz. Colaboradora TV de Barcelona. Letrista. Escritora, géneros: novelas y cuentos, teatro, teatro de cabaret, ensayo.
Estado civil: soltera y acompañada.

A la izquierda, en el día de hoy. Me gustaría pararme aquí, pero no me van a dejar. Abajo: pocos días después de nacer, con mi padre, Aureli Capmany, escritor y militante en toda empresa catalanista.



EN mi origen se encuentran elementos heterogéneos, culturales, sociales, epidemiológicos, y eso que, por más vueltas que le demos, terminamos llamando amor. Pero María Farnés y Aureli Capmany, mis padres, pertenecientes a estratos sociales bien

**BIOGRAFIA
MUY
PARCIAL Y
PRECIPITADA**



delimitados no se hubieran casado si no se hubieran dado *los motivos irrelevantes*, es decir los elementos que construyen un relato novelesco.

Los motivos irrelevantes son los siguientes:

El tifus de 1914, la muerte de Clemència Farnés, la pequeña de las Farnés y el luto que encerró toda la familia en casa, por lo menos un año de luto riguroso.

Tirant lo Blanc, de Joanot Martorell, con su abundante riqueza paremiológica.

Sin esas circunstancias, Sebastià Farnés, mi abuelo (abogado, taquígrafo, bibliotecario, político catalanista, escritor) no se hubiera quedado en casa y no hubiera aceptado la visita diaria d'Aureli Capmany, (tendero, en la Rambla de las Flores, cestero de oficio, autodidacta, folklorista), quien aprovechó las circunstancias para entrar en la casa y exponer su proyecto de hacer un estudio exhaustivo del refranero del texto clásico y pedir la autorizada ayuda de Farnés.

Contra todas las previsiones y en contra la opinión de todos, Aureli Capmany convenció a la mayor de las hijas, María, para que se casaran con él. A pesar de ser un vulgar *menestral*, a pesar de tener veinte años más que la novia, a pesar de ser un *lletraferit*, sin estudios académicos, se salió con la suya y se casaron en Sant Feliú de Codinas, pueblo del Vallés Oriental, lugar de la casa *pairal* de los Farnés.

El banquete de bodas estuvo a punto de terminar mal porque se originó una discusión feroz entre los germanófilos y los francófilos. Apeles Mestres, poeta, dibujante, apasionado francófilo, autor de aquel célebre poema, que tantas veces se recitó en nuestra guerra civil:

*No passareu i si passeu
serà damunt d'un clap de cendra,
la nostra vida la prendeu
nostre esperit no l'heu de prendre.
Per xo cantem, per més que feu
no passareu.*

que él había escrito en honor de los belgas, se enfrentó con el doctor Faura i Sans, paleontólogo y geólogo, que como la mayoría de la nueva generación *noucentista* se inclinaba a favor de los alemanes. Tengo que decir de paso que el doctor Faura i Sans era además el cura que los casaba, pero eso no tiene demasiada importancia porque el geólogo, más tarde, colgó los hábitos.

Si observamos bien la foto de la boda, en el jardín de la casa de Sant Feliú se ve muy bien todo esto que

intento explicar. Como llevan todos sus mejores galas de hacen más visibles todavía las diferencias, altos, displicentes, satisfechos de si mismos, con caras de pocos amigos, los Farnés; bajos regordetes, inseguros y aficionadas a la buena mesa los Capmany. A un lado de la foto están las hermanas de mi madre: Mercè y Julita, Mercè ya es bibliotecaria de la primera promoción que sale de la Escuela de Bibliotecarias de la Man-

comunitat. Mercè se iría a Canet de Mar a ejercer su carrera en una de las primeras bibliotecas populares y se llevó consigo a su hermana soltera y a su padre. Farnés, que ya se había peleado con todos los nuevos políticos catalanistas, se encerró en su casa de Canet, cosa que terminó con su vida pública e hizo posible los periodos más bellos de mi infancia.

He prometido explicar por qué me llamo *Aurèlia*, un nombre tan poco

La boda de mis padres.



catalán, que más bien parece propia de Lavapiés. Suena algo así como la *Señá Aurelia*. La culpa la tiene mi abuelo Pau Capmany.

Pau Capmany llegó a Barcelona, procedente del pueblo de Rubí, con la pequeña bolsa de su legítima, que le permitió aprender el oficio de cesterero, instalar un taller, casarse y prosperar en el negocio hasta que pudo abrir una tienda en la Rambla. En el pueblo quedaba el *hereu* con toda su hacienda que no debía ser mucha. Según Pierre Vilar, los *fadrísters* o *cabalers*, es decir, los segundones, sin derecho a la herencia paterna fueron parte esencial de esta compleja y vivísima ciudad que es Barcelona. En el álbum familiar Pau Capmany figura con su indumentaria *menestrala*, viste *gee* o sea pieza corta, para distinguirse de los señores que llevaban pieza larga, levita o chaqué. Parece ser que fue cumplidor y hombre de pocas palabras. Solía contestar a cualquier pregunta que le hicieran, que no, así tenía tiempo a pensarlo. Pero, cosa sorprendente, a este hombre le gustaba leer y aún más que le leyeran en voz alta, y de todas sus lecturas la que más le impresionó fue la novela titulada *El misterio de las sectas secretas o el francmasón proscrito*, cuyo protagonista se llamaba Aurelio. Tanto le gustó que en el momento de bautizar a su hijo dispuso que se llamara Aurelio, como el héroe del novelón. Podemos imaginar la sorpresa en una familia de *Paus* i *Joseps*, generación tras generación. Tan sorprendente como difícil de pronunciar hasta el punto que los parientes de Rubí le llamaron siempre *Lurellu*.

El hijo del cesterero se convirtió en Aureli Capmany, escritor, militante en toda empresa catalanista, en cuanto se liberó de la autoridad paterna que fue precisamente a la muerte del padre. Se dedicó a estudiar y escribir y no hizo ningún cesto más, aunque volvía a ejercer su oficio para hacer la palma que yo iba a bendecir el día de Ramos. Una palma con muchas frutas confitadas y ancho lazo con la bandera catalana.

Creo que aprendí a leer al mismo tiempo que aprendía a hablar, como aprendí a nadar al mismo tiempo que daba los primeros pasos. Mi casa era abundante e incómoda, y además doble. Mi casa de Barcelona en la Rambla y mi casa de Canet de Mar, la maravillosa casa del abuelo en la que todo me estaba permitido; además estaban las vacaciones en Sant Feliú, la casa que a mí me parecía enorme y que había sido simplemente la residencia de unos



Primera comunión. No hubo manera de hacerme confesar ni el más leve pecadillo. Eso sí, me sabía todas las oraciones de memoria y el credo en latín.

payeses acomodados. Había dos o tres cosas que me gustaban enormemente: leer, ver comedias, nadar. Ningún inconveniente en cuanto a la lectura y en cuanto al teatro; mi padre me llevó al Liceo por primera vez cuando yo tendría unos doce años. Escogió una ópera que le pareció idónea para mí: *El matrimonio secreto* de Cimarrossa. Había unas cuantas cosas que no me gustaban en absoluto. Las cuentas, los dictados, ducharme con agua fría e ir a la cama pronto.

Al cabo de dos años y medio de estar yo en el mundo, nació mi hermano Jordi. Me parece que fuimos los dos unas criaturas mimadas, como suele suceder en los casos de hermano y hermana que son tratados como hijos únicos. Si trato de analizar mi mundo infantil para descubrir el trasfondo que haya dejado en mi conciencia, me doy cuenta que fue lo mínimamente represivo que podía ser. Aureli Capmany mi padre, ejerció poco de padre. Era el tipo de intelectual decimonónico que hace su vida fuera de casa, en las tertulias, en el Ateneo, más tarde en su trabajo, en el Archivo Histórico de la Ciudad. Nunca vi a mi padre en zapatillas o en bata, nunca le vi deambulando por la casa, ni preocupándose de lo que nosotros hacíamos. A cambio respetó siempre nuestros gustos y procuró no mandar nunca nada. Cuando fui mayor nos hicimos muy amigos. Mi madre era más difícil de trato, aunque más generosa. Tenía el mal carácter de los Farnés y una lengua punzante capaz de decirle las cuatro verdades al lucero del alba, cosa que la hacía muy divertida y muy incómoda. Una anécdota.

Mi madre.—Fulano de tal no me saluda.

Yo.—Qué quieres. El otro día le llamaste imbécil.

Mi madre.—No se lo dije para ofenderle, se lo dije porque lo es.

No obstante debo creer que la presión de las voluntades ajenas debían ser importantes, porque recuerdo que deseaba crecer, no tener que obedecer a nadie, decidir por mi cuenta. Los libros fueron mi puerta de liberación. Leyendo, todo lo que se ponía al alcance, me sentía libre de las múltiples paredes de mi casa.

El traspás más grande de mi vida infantil me lo proporcionó mi fracasado ingreso en el Bachillerato. Quedó demostrado que era absolutamente incapaz de examinarme. Si en 1932, la Generalitat de Catalunya no hubiera fundado el Instituto Escuela Hemengildo Giner de los Ríos, yo no hubiera estudiado el Bachillerato.

L'Institut-Escuela fue la aventura intelectual, humana, vital más importante de mi aprendizaje. El Instituto Escuela fue una auténtica revolución pedagógica, que el director Josep Estrella se trajo de Madrid y puso en marcha con su genio particular. Los cinco años que pasé en el Instituto y que terminaron con mi ingreso en la Universidad Autónoma en octubre de 1937, me otorgaron la mayor riqueza que pueda poseer un ser humano, la capacidad de valerse por sí mismo y un deseo pertinaz de experimentarlo todo por cuenta propia.

Muchas veces pienso que los alumnos del I.E. que terminábamos nuestros estudios de Bachillerato en 1937, nos habíamos preparado para vivir en un mundo que no existiría, que ya habían empezado a destruir, a conciencia, a nuestro alrededor. Me costó mucho darme cuenta de ello y no me resigné, todavía no me he resignado.

La impresión más profunda de lo que puede ser la muerte, la muerte de un ser humano que alguien desea y ejecuta, la vivencia de que un arma puede servir para matar a un ser humano a sabiendas, la viví, por primera vez en mi vida la noche del 6 de octubre de 1934. Fue una guerra muy corta aquella, y afortunadamente no todos los tiros que se oyeron significaban la muerte de alguien, como yo me imaginaba. Pero la noche me pareció enormemente larga y la voz del Presidente Companys en la madrugada, entregándose y haciéndose responsable de todo, resultó ser un breve resumen premonitorio de lo que viviríamos unos cuantos años más tarde.

Una de las características más significativas de aquellos tiempos era la

anchura del tiempo. Yo tenía tiempo de sobra para todo, para leer, para nadar, para pintar, para escribir, me parece recordar que sentía con impaciencia la lentitud del tiempo. Cuando volvía a casa del Instituto, merendaba y me iba a la Escuela Masana, en donde aprendía a grabar el vidrio, en el viejo oficio, en la rueda de cobre y el esmeril y la muela de piedra y el agua. Mi hermano y yo aprendíamos un oficio en la Escuela Masana. Mi padre, a pesar de haberse liberado del oficio de su padre, tenía la idea que toda persona que se estime debe saber usar la manos. Más tarde, en los tiempos de la negra miseria de la postguerra el oficio me sirvió, si no para ganarme la vida, al menos para ganarme las matrículas. Cinco o seis años me los pasé grabando vidrio y, cosa divertida, repetí el gesto de mi padre, me liberé del trabajo manual y me dediqué a la enseñanza.

El final de la guerra civil me encontró en una colonia infantil, patrocinada por la Embajada Sueca, en la que reuníamos niños y niñas de las zonas más bombardeadas. Criaturas de arrabal que me enseñaron toda la gramática parda del mundo. Lo que yo aprendí aquel año en Teià.

La primera bandera del ejército vencedor que vi, fue la bandera italiana que ondeó en el campanario del pueblo, mientras nosotros, y los niños que quedaban, seguíamos bajo el pabellón sueco. Un buen lío de banderas, sin duda alguna. Y a partir de aquí entramos en el reino del absurdo, el primero de los cuales fue repetir los estudios ya hechos, porque los que habíamos hecho durante la guerra en zona republicana no valían, después valieron, con lo cual las gentes de mi promoción tenemos dos títulos de Bachillerato, uno republicano y otro franquista. Pienso que fue una suerte que tuviéramos que pasar el verano del 39 estudiando el binomio de Newton y las fórmulas de los alcoholes. Estudiando y bailando y nadando y enamorándonos disfrazábamos un profundo temor de algo enemigo que se estaba consolidando alrededor nuestro.

Es impresionante cómo puede cambiar el comportamiento humano por el solo hecho de que gane la batalla el credo de la reacción. Salió a flote una religiosidad de estampita, una gazoñería que parecía salir de cien años atrás, incluso apareció un tipo de estudiante a lo «casa de la Troya», y organizaron una cosa que se llamaba «tuna», disfrazados de Felipe II, que, aun cuando los veo ahora, que

algunos quedan, me produce carne de gallina. Si yo hubiera pertenecido a una familia bien, seguro que me ponen de largo y me caso. Por un lado mi poca inclinación a los compromisos eternos, y por otra la indiferencia de la familia hacia la normativa vigente me ahorró muchos disgustos y situaciones límites.

No todo era tan fácil, por cierto. Una educación agnóstica, respetuosa, emanada de las viejas generaciones de izquierdas tenían muchos inconvenientes. Como dice Wilhelm Reich, en

influencia lunar que los astrólogos descubren en mi horóscopo, lo cierto es que despertaba en el sexo opuesto el instinto protector. Y yo, en cuanto me sentía protegida, echaba a correr.

Lo único que sabía cierto era que me dedicaría a escribir. Eso era para mí lo único importante. Unos versos de Omar Kayam me parecían la expresión perfecta de mi convicción profunda: *Doy mi honra a los perros / para convertirla en canción.*

El reparto de nuestra vida en décadas es muy útil cuando se trata de



La verdadera imagen de las mujercitas de la clase media barcelonesa reivindicando el derecho de ser autosuficientes. Mi tía Mercè Farnés, hermana de mi madre y bibliotecaria en Canet de Mar, es la segunda de pie, a la izquierda.

alguna parte, la educación sexual tiene el inconveniente que llega siempre tarde y se olvida de algo esencial que es el placer. Recuerdo a mi madre diciéndome, a mis once años mal cumplidos:

—Hija mía, ya eres una mujer. Eso quiere decir que ya puedes tener un hijo, si lo tienes será muy bien recibido en nuestra casa.

El caso es que no deseaba tener ningún hijo, no entraba en mis planes. Y me costó muchos años saber a ciencia cierta qué es lo que yo deseaba sacar de aquel complicado embrollo de la vida cotidiana. Y lo cierto es que no sé por qué razones, quizás por mi pequeña estatura, o por la expresión de mis ojos, o por una fluctuante

hacer un repaso de lo vivido.

Década de los 40. Horrible, fría, tiznada, mediocre.

Década de los 50. Con pequeños atisbos de esperanza. Está la huelga de los tranvías. Mi estancia en París de un curso entero. La censura me suelta y logro publicar.

Década de los 60. Llena de pequeños destellos, de absurdas situaciones, de pequeñas victorias de opinión; de pérdida del miedo atroz; de música de los Beatles, de mi vida teatral; del encierro en los Capuchinos; de mi viaje al Este, sin otra documentación que un número de teléfono; de mi encuentro con Jaume Vidal y la vida en común, un éxito; de la Universidad de Prada; del Mayo en París; de



Las bodas de plata de mis padres, mi hermano Jordi y yo estamos con ellos.

mis visitas, obligadas, a Via Layetana.

Década de los 70. Que se divide en dos: antes del 75 y después del 75, con la embriagadora experiencia del mitin socialista en el Palacio Blaugrana; de la maravillosa experiencia de teatro clandestino; y escribo, demasiado quizá, pero eso es lo de menos.

Década de los 80. La mejor, a pesar de las voces de la reacción, a pesar de la trampa de siempre de la reacción que quiere imponernos el miedo de nuevo. La verdad es que a mí me da mucha risa ver cómo los poderosos se lamentan del pésimo estado de sus negocios. Un poderoso, pequeño, quiero decir a nivel catalán, me decía en el tono protector y despectivo que los hombres de negocios usan cuando tienen que hablar con un escritor —y no digamos si además tiene la desfachatez de ser escritora—, me decía pues: —Ustedes los intelectuales no tiene idea de la crisis que atravesamos. —Se equivoca, le contesté, el que no tiene ni idea es usted. Usted se ha pasado la vida acumulando dinero, y ahora se encuentra con el dinero acumulado no vale lo que valía y el que tiene que comprar está carísimo. Y claro no le salen las cuentas, algo absolutamente nuevo para usted. Para mí en cambio no tiene nada de nuevo. Desde el 26 de enero de 1939 que no me salen las cuentas. Lo que demuestra que el capitalismo no funciona.

Me doy cuenta que para hablar de mí, hablo del cúmulo de vivencias que me transitan y así es y por ello no tengo otra ética que mi conducta y por ello soy incapaz de soportar el traje bien cosido de un dogma, y en consecuencia jamás he necesitado un padre y una madre que me mandaran y que dispusieran mi vida por mí bien, como han hecho siempre los

dictadores grandes y chicos que han proliferado en nuestra época. Esto me ha producido no pocos desasosiegos en estos años de dogmatismos intransigentes, del uso y abuso de aquella frase que dicen que sacaron del Evangelio: el que no está conmigo está contra de mí.

Quizá es ésta mi incapacidad de adhesión al dogma que me ha hecho insensible a la noción de pecado. No tengo olfato para el pecado, padezco una sordera grave para todo lo que dicen que resuena a pecado. Es posible que esta sordera, que esta falta de olfato sea hereditaria, ya que apareció muy pronto en mi juicio sobre mis propios actos. Me contaron o a lo mejor incluso lo recuerdo, que en el colegio Montessori decidieron que ya estaba a punto para la Primera Comunión. Mi memoria viva, mi capacidad para recitar con vertiginosa rapidez y precisión cualquier texto que me encomendaran, debió decidir al capellán del colegio, que además era el doctor Masdexaxá, catalanista y progre para la época, que a pesar de mi corta edad podía unirme a la hilera de comulgantes. Me llevaron, con las demás niñas, a la iglesia del convento de Santa Clara, que se hallaba, precisamente en el gran salón del Tinell, en aquellos tiempos escondido bajo las paredes de cal y canto que las monjas clarisas habían construido en el viejo palacio de los reyes catalanes. Me hallé ante una reja, de la cual salía una voz que me preguntó cuántos pecados había hecho.

—Ninguno —contesté con firmeza.

El cura no se dio por vencido.

—¿Has mentido alguna vez?

—Jamás —dije sin pensarlo dos veces.

—Has desobedecido a tus padres, a tus maestros.

—No.

No hubo manera de hacerme confesar ni el más leve pecadillo por omisión. Creo que este convencimiento en mi propia inocencia me sirvió más tarde en los inevitables interrogatorios policiales. En aquella ocasión el cura salió de la oscuridad del confesionario me cogió de la mano, lo que ya me pareció mucho más agradable y me llevó a la maestra con el encargo de que me enseñara a confesarme. No dudo que la maestra me enseñara, lo que es seguro es que no aprendí. Siempre he pensado que la gente hace daño o porque está loca, o porque es tonta o porque sufre demasiado.

Hay dos cosas en este mundo que me producen horror y son la estupidez y la violencia, que además muchas veces van juntas. Recuerdo como uno de los momentos más desesperantes de mi vida, los célebres bombardeos de cada tres horas, aliñados de octavillas que declan: Barceloneses rendíos. Me imaginaba los barceloneses con las manos en los bolsillos, levantando amablemente la cabeza y gritando: Señor aviador, ya me rendí. Y ahora ¿qué? Después a esto se le llamó la guerra total y desmoralizar la retaguardia, y todavía sigue en otras guerras. Y esto es algo a lo que no podré acostumbrarme jamás, ni pensar: es natural; o como decía el viejo Heráclito: la guerra es la madre de todas las cosas, aunque él decía *padre*, porque en griego la guerra es masculina.

Si la guerra fue absurda, la postguerra fue la organización del absurdo. Yo no sé si hay muchos pueblos de la tierra a los que se les haya prohibido utilizar en público su propia lengua, pero lo que es seguro es que sólo ellos podrían comprender la situación alucinante que eso procura. La secuela de multas, sanciones y despidos que proporcionó la normativa del nuevo régimen fue trágico-cómica. Mi tía Mercè Farnés era en aquel entonces directora de la Biblioteca de la Escuela del Trabajo, el nuevo director catalpultado por méritos de guerra —paracaidistas les llamábamos nosotros— la llamó a su despacho y le dio instrucciones: —Señorita Farnés, de ahora en adelante hablará usted castellano con todo aquel que se encuentre en la Biblioteca.

—¿Con todo el mundo —preguntó sorprendida— ¿Y si, por ejemplo, se trata de alguien que sé seguro que es catalán y toda la vida he hablado con él en catalán?

—No importa —contestó impaciente el director—. En castellano, en la lengua del imperio.

-Pero ¿y si se trata de mi hermana?

-¡En castellano! -gritó el director.

Y mi tía:

-¡Quina comèdia!

Quina comèdia! era una frase que decía a menudo, que expresaba su disconformidad hacia algo que le parecía desmesurado o de mal gusto o falso. Pero esta vez la frase le valió la acusación de *rojo-separatista*, la expulsión del cargo, que duró unos dos años y que significó un largo proceso de depuración y aún gracias a buenas amistades eclesiásticas que abonaron por ella. La verdad es que en aquel momento no nos lo creíamos. Pensábamos que la tía Mercè, la *tíeta*, con su irrevocable carácter Farnés le había dicho más cosas al director nuevo. Lo cierto es que a su muerte, no hace muchos años, encontré todos sus papeles, bien ordenados, no en vano era una consciente bibliotecaria, y descubrí su acta de acusación que la condenaba como *rojoseparatista*, ya que, así reza el documentado: *al ser conminada a hablar la lengua del imperio contestó: Quina comèdia!*

Era todo un carácter la tía Mercè. De joven había sido bonita, con una expresión de terrible decisión en sus ojos, pero bonita, como lo atestiguan los retratos. A mí me produce una enorme ternura verla en el grupo de la primera promoción de bibliotecarias barcelonesas. Son la verdadera imagen de la decisión de las mujercitas de la clase media barcelonesa reivindicando el derecho de ser autosuficientes, de no depender ni del padre, ni del hermano, ni del hipotético marido. La *tíeta* se convirtió con el tiempo en una mujer de carácter difícil, dura, desconfiada, y le creció un bigote muy visible que era la desesperación de mi madre que quería convencerla de que usara depilatorio.

-quina comèdia! -contestaba ella-. Es una cosa natural, ¿no?; ¿por qué tengo que quitármelo?

Una vez se descubrió a sí misma en un personaje de una de mis novelas -era una lectora infatigable y al día-, no se enfadó pero me llamó a juicio.

-Cuando te alzaste novelista -me dijo- ya me imaginé que todos los de la familia iríamos en berlina, pero por lo menos no digas mentiras, yo nunca he llevado las llaves colgadas de la cintura.

Y era cierto, y además era un mal detalle, un detalle que se me había filtrado, un calco literario de novela anglosajona.

La tía Mercè era además una gran nadadora, me enseñó a nadar cuando

todavía yo andaba a gatas, llevándome sobre sus hombros mar adentro. Y me parece verla con su túnica azul marino ribeteada de blanco y el pelo recogido con un pañuelo engomado. El mundo de Canet, «Guardiet», en mi novela, contiene una riqueza de imágenes, de olores, de sonidos: el olor de los geranios del patio, de la ropa húmeda dentro de las casetas de los baños en la pequeña cala, el olor del pegamento amarillo que bordeaba los grandes ventanales de la biblioteca popular. Qué bella me parecía la hechura neoclásica de la biblioteca, hechura que era como el marchamo del espíritu *noucentista* de la Mancomunidad. Por allí entré en la *ciudad de los libros*, como dice el gran escritor ma-

Durante muchos años me dediqué a la enseñanza. En el Colegio Albéniz de Badalona, en el Isabel de Villena en Barcelona. No era sólo explicarles a los muchachos y muchachas quien era Platón o Descartes, fue, durante mucho tiempo, la vida en la escuela en donde traté de trasladar todo lo que había vivido, mucho más afortunada que ellos, en mi Instituto Escuela. Traté de apartarles lo más posible del libro de texto, traté de presentarles los exámenes como una broma de mal gusto que era necesario soportar, como quien paga el baremo de aduanas, e hice todo lo posible para enseñarles a pensar por su cuenta y riesgo. Lo que más me gustaba era enseñarles a leer y a



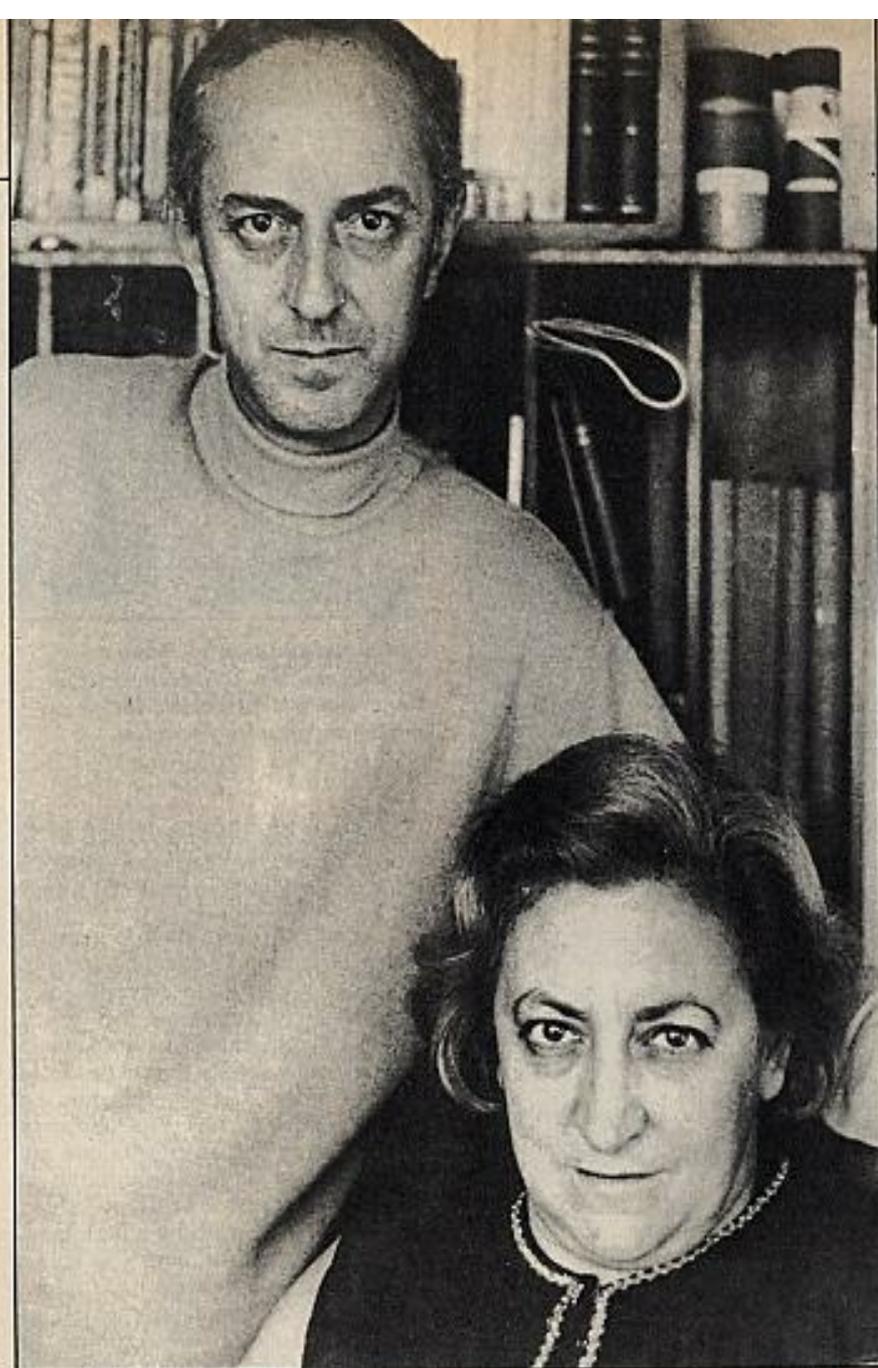
Con mis alumnos del Colegio Albéniz, después de la representación de «Entre bobos anda el juego». Los trajes y los decorados son obra nuestra.

llorquín Llorenç Riber. Yo leía en cualquier momento y en cualquier sitio, pero la biblioteca de Canet me dio la certeza de que los libros forman un universo y que las fichas en los cajoncitos, con la numeración pertinente, son un código de circulación para que puedas moverte por las calles, avenidas y callejuelas de la inmensa ciudad.

Me doy cuenta, cuando contemplo mi infancia y mi adolescencia desde mi perspectiva, que todos, familiares y maestros, me prepararon muy bien para la vida, no me dieron ninguna clase de seguridad.

escribir y hacer teatro e ir de excursión o bailar o ir a la playa. Muchas veces pienso que nadie me ha conocido tan bien como ellos, que me observaban atentos y críticos durante tantas horas al año, hasta saberse todos mis gestos, mis ticcs verbales, mis entusiasmos y pasiones.

En el 60 fundé con Ricard Salvat la Escuela Adrià Gual. Cuando oigo hablar a los que nos acompañaron aquellos años, de la apasionante aventura del teatro, me doy cuenta de la fuerza creadora que tuvo en aquellos momentos nuestro voluntarismo a cambio de tan duro esfuerzo. Lo que más



Mi encuentro con Jaume Vidal y la vida en común, un éxito.



1960. La época de la Escuela Adrià Gual.

recordamos todos es el sueño atrasado que acarreamos. ¡Madre mía, cuántas horas robadas al sueño! Recuerdo que una vez me dormí en clase, explicando yo. A lo mejor les contaba a los chicos la teoría de las cuatro causas de Aristóteles cuando me oía a mí misma diciendo: El mar, muy azul... y me desperté. Afortunadamente los alumnos tienen el arte de evadirse con los ojos abiertos, y además no les importaba demasiado ni la causa material ni la formal ni el mar de mis sueños.

De mis experiencias teatrales tengo

maravillosos recuerdos. La verdad es, de todos modos, que lo que más me gustaba del quehacer teatral eran los ensayos y el estreno, luego ya no. Repetir los mismos gestos y las mismas palabras durante más de un mes dos veces por día era superior a mis fuerzas. Nunca me he sentido tan encadenada como en mi corto periodo de cómica. Pensaba: Ahora vas a salir, vas a dar tres pasos y vas a decir estas palabras... y lo hacía. Los ensayos sí, los ensayos son una maravilla. Todavía recuerdo a Salvador Espriu riéndose hasta las lágrimas, el día que le acerté, tal como él la quería, la bendita Rosenda, la fulana de Quim Federal, que pretende que el libre pensador se case con ella por la iglesia para poder llamarse viuda con todos los derechos. Todavía recuerdo el trabajo entusiasmado de Salvat, dirigiéndome en el papel de Gorgo, en *El Adefesio* que íbamos a estrenar a París, en el teatro Gerard Philipe, para el homenaje a Rafael Alberti. Alberti se mostró encantado y generoso con nuestra versión.

-¿No te ha asustado mi acento catalán? -le dije.

-No me asustan los acentos -me costestó- soy andaluz. Y además piensa que Margarita Xirgu no renunció nunca a su acento catalán, ya que esto le daba una gran riqueza en la modulación de la frase.

Lo cierto es que nunca me he sentido actriz de verdad. En la «Adrià Gual» hacíamos de todo, pintábamos decorados, cortábamos trajes, acarreamos sillas. En una ocasión se nos terminó el dinero a la mitad de los decorados. Se trataba de una obra de Joan Brossa. La obra se dividía en dos partes, dos escenas absolutamente distintas. Le sugerí al autor de los decorados, que era Ràfols Casamada, una solución de urgencia. Para la segunda parte volveríamos el decorado al revés, con lo que quedaría visible el armazón de madera, las tiras de papel, las cuerdas. A Albert le pareció perfecto. El día del estreno, que fue un éxito, Brossa me llamó a parte.

-M'has fotut -me dijo amablemente.

-¿Por qué? -pregunté preocupada.

-Le has dado a mi texto una coherencia que no debe tener. La gente se ha ido a casa convencida de que ha visto el derecho y el envés, un desastre.

Fue una pena que la «Adrià Gual» desapareciera; murió hundida en su propio éxito, cosas del teatro. Del teatro que no se puede almacenar, ni repetir jamás, ni clasificar dentro de cajoncitos, como los libros en la biblio-

autobiografía

teca de mi tía Mercè, en Canet de Mar. Una tarde Nuria Espert me explicaba su problema con la censura. La actriz dijo angustiada:

-No tienes idea de lo que es que te prohíban una obra.

La miré sorprendida y ella se rió.

-Tienes razón -me dijo sonriente-. A quién se lo digo. Te han prohibido cantidad de cosas.

Pero siguió de pronto:

-Pero no es lo mismo. Si te prohíben un libro, lo puedes guardar en un cajón y sacarlo a la luz en tiempos



Mitín socialista en el Palau Blau-Grana. La temperatura subió tanto que explotó uno de los mecanismos contra incendios.



Con el diputado Eduardo Martín Toval en un baile, en Socialistas de Cataluña.



El feminismo a cuestras. De izquierda a derecha, Giselle Halimi, Soledad Becerril, Anna Mercadé, yo, Carlota Bustelo y Magda Oramich.

80 triunfo

mejores. Pero el teatro, lo que tengo que hacer *ahora*, mi obra es urgente, no puedo aplazarla, no puedo guardarla, ¿entiendes?

Y la entendí. Esto da a la gente de teatro la tensión constante que cruza sus vidas y esto es lo maravilloso, lo atractivo y lo angustiante del teatro. Todos estamos expuestos a los juicios de los demás, todos tratamos de lograr el amor del que tenemos enfrente, del que nos está mirando, pues la gente de teatro es la que está más expuesta al juicio constante de los otros. Por eso -Truffaut lo dice bellamente en «La noche americana»- la gente de teatro se besa y se abraza para lograr la aprobación de todos.

Me acuerdo que la noche del estreno de «Ronda de mor a Sinera» en Madrid, en el 66 -estreno que fue un éxito mas político que teatral-, el escenario se llenó de gentes de la escena y de la letra impresa. Con la euforia y la borrachera del éxito me equivoqué sistemáticamente, besé a escritores que recibieron mi beso con amable recelo, y tendí la mano a actores que se sorprendían de mi gesto distante y reclamaban riendo el abrazo.

Pensé siempre que al hacerme vieja lograría dos cosas: perder una buena parte de mi capacidad de dormir, y de mi capacidad de dispersión. Pero los años pasan y sigo necesitando ocho horas de sueño y a pesar de mis 63 años a punto de cumplir, sigo con una disponibilidad nada rentable ni para mi fama ni para mi bolsa. Cuando me preguntan qué soy yo en realidad digo que *una dona de fer feines*, que hay que traducir literalmente para que nadie se llame a engaño «una mujer de hacer faenas», que en buen castellano sería la mujer de la limpieza. ■ M.A.C.

Julio-agosto 1981